

LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA ENTRE DOS «98»

Por JOSÉ LUIS RUBIO CORDÓN

¿ES POSIBLE HACER UNA VALORACION DE LO OCURRIDO EN 1898 AHORA COMO ENTONCES? ¿Es posible valorar el 98 en vísperas del centenario del fin del dominio español en América con la perspectiva misma que en aquella fecha o en los años subsiguientes, inmersos en el «desastre»?

Es obligada la comprensión de los sentimientos españoles en aquellos amargos días. Cuatro siglos de presencia, tantas veces fecunda, en aquellas tierras del Nuevo Continente y del Pacífico, concluían con una derrota militar a manos de los Estados Unidos, tras una guerra breve en la que quedó demostrada nuestra evidente inferioridad. La humillación del Tratado de París, en donde no se nos ahorró afrenta alguna, se hacía más sobrecogedora por la grandiosidad de lo que atrás quedaba: cuatro centurias en donde nuestro pueblo se había desplegado por el mundo, dejando una huella imborrable.

Es comprensible que los españoles de aquel momento pensaran que, por el contrario, aquella huella había sido, definitivamente, borrada. La «civilización esclarecida» que los soldados norteamericanos decían llevar a las tierras ocupadas —a Cuba, a Puerto Rico, a Filipinas...— iba, inevitablemente, a barrer la «civilización hispana», para el mundo ya una «civilización de oscuridad», anquilosada y sin futuro.

Pero ahora, al siglo de aquella «catástrofe», la más sencilla reflexión nos sirve para comprobar que, efectivamente, aquella huella era imborrable. Y que no solamente era imborrable, sino que en sus surcos se insertaron

nuevos elementos para que su «civilización» prosiguiera su camino de enriquecimiento, de integraciones, como había sido en la propia España anterior a 1492.

Cabe, pues, enfrentar la valoración y los sentimientos de nuestros compatriotas de entonces, teñidos de pesimismo, con una estimación actual, optimista y esperanzada, de lo que aquella traumática fecha vino a significar, superados los sinsabores de la herida reciente.

Entre 1898 y 1997 algo singular en la historia humana ha sucedido: lo que al concluir el pasado siglo se consideraba fin calamitoso de un proceso, un mutis definitivo en los escenarios del mundo, ahora podemos contemplarlo como el comienzo venturoso de otro proceso, prosecución del anterior, pero más abierto al futuro, en cuanto que en 1898 se concluyó una forma vieja de Comunidad y comenzó a fraguarse otra forma nueva de Comunidad, se concluyó la forma desigual de vinculación y comenzó a ser posible la forma de vinculación entre iguales. (Un siglo antes, en las Cortes de Cádiz de 1812, pudo iniciarse esta nueva vía. Pero la incompreensión y torpeza de los españoles la abortó. ¡Para tenerla que aceptar, al precio de la humillación y la derrota, en la guerra hispano-yanqui cuando el XIX acababa!).

Atravesando aquel hecho doloroso, una veintena de pueblos dispersos, alejados o enfrentados, sin conciencia ninguna de unidad, inexistentes para el espacio de las culturas «superiores», nulos para el progreso o la creación científico-técnica, pudieron reiniciar su reencuentro, su ahondamiento en las fuentes y raíces de su identidad, pudieron irse afirmando como opción humana concreta, diferenciada y rica en posibilidades, pudieron irse haciendo presentes en el mundo de nuestro tiempo —incluso en los vedados terrenos de lo científico-técnico, tanto más en el de las Humanidades, las Letras y las Artes—, pudieron llegar a ser hoy el segundo Espacio cultural del presente.

El bautismo de sangre de hace un siglo inició una trayectoria de Comunidad renovada, de autoafirmación y de presencia. Lo que estaba a punto de perecer, de disolverse como posibilidad, reaparece en nuestros días con pujanza indetenible.

Se diría que España dejó entonces de ser nuestra Patria para empezar a ser una región, una provincia, de la Patria verdadera, la que significa un quehacer de lo «hispano» a la más amplia escala: ya, en su camino integrador, mestizo, de lo «indo-afro-hispano».

¿QUE ERAMOS AL CONCLUIR EL SIGLO XIX? ¿QUE REPRESENTABAMOS? ¿Cómo aparecía España? ¿Qué representaban los pueblos iberoamericanos? ¿Cómo se contemplaban desde las naciones autoconsideradas «superiores»? Incluso, ¿eran considerados como un conjunto con algunos elementos de Comunidad, o como pueblos dispersos, destinados a ser absorbidos por esos pueblos «superiores»? Y ¿cómo nos veíamos nosotros mismos? ¿Cómo se veían ante el espejo los españoles? ¿Qué pensaban de sí los hispanoamericanos?

Estábamos apartados de los quehaceres universales. No contábamos. Apenas servíamos, en ocasiones, como fuerza auxiliar para alguna aventura de los otros. En Londres, en París, en Berlín, en Washington... se decidía. Nada importante podía ocurrir en Madrid, en Buenos Aires, en México, en Río... Ni siquiera nosotros mismos teníamos interés en los otros hispanohablantes o lusohablantes. ¿A qué hispanoamericano se le ocurría —si no era para denigrarla— pasar por la capital española camino de las mecas europeas? ¿Qué mexicano tenía interés por Buenos Aires? ¿A qué español —si no era como emigrante en busca de trabajo— importaba hacer acto de presencia en la América española? (Sin duda hubo excepciones. Pero la regla más que general era la mútua ignorancia. Y, también, con demasiada frecuencia, el mútuo menosprecio).

Eramos una España vencida, humillada, y al sur de los Estados Unidos un conjunto de pueblos claramente despreciables y dominables.

Acabábamos el siglo con la mitad del México independiente arrebatado; con la isla de Puerto Rico y las Filipinas ocupadas, colonizadas; con Cuba sometida a un derecho de intervención y de ocupación, y con todo el subcontinente iberoamericano vigilado y asaltado a gusto del Imperio nuevo. (Algo que va a intentar perpetuarse en el nuevo siglo, país por país, ante la mirada demasiado indiferente e insolidaria de los países no afectados en cada ocasión).

Era tal nuestra debilidad pueblo a pueblo, era tal nuestra debilidad como conjunto inarticulado, y era tal la fuerza de los otros —más bien, del otro, anglosajón— que latía en nuestros corazones angustiados la pregunta que Rubén Darío se hace:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?

¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

Incluso nuestra desaparición como distintos, como portadores de una personalidad diferenciada, se alzaba como una estremecedora posibilidad.

Podíamos dejar de ser nosotros, podíamos empezar a ser otros. Era posible que tantos millones de hombres acabáramos hablando inglés. (Como acabaron en Filipinas, donde el aplastamiento de la lengua de Cervantes significó también el de la de Rizal y de Aguinaldo).

Contemplados desde fuera, aparecíamos como un amasijo caótico de estirpes inferiores —hispanos, indígenas, negros, y lo que era aún peor: mestizos y mulatos-. Pueblos incapaces, negados para el Progreso, para la Ciencia, para la Técnica, para el refinamiento cultural. Eramos, sencillamente, «bárbaros», destinados a ser dominados, y difícilmente insertados en culturas «avanzadas».

Vivíamos, para la parte indo-hispana del continente americano —la que no alcanzaba al Norte, integrada por razas superiores europeas-, las tesis enciclopedistas de la inferioridad congénita del Nuevo Mundo y de sus habitantes —tanto animales como humanos-. Las tesis de De Pauw, de Buffon, que reaparecen en Hegel, para los que todo lo americano es inferior, y hasta las avejillas en sus ramas cantan menos armoniosamente que las del Viejo Mundo.

Las tesis que trascienden al propio Engels y al propio Marx, cuando el primero acusa a los cronistas de Indias de haber exagerado el nivel de desarrollo de los grandes Imperios conquistados, puesto que realmente no habían alcanzado, en su opinión, la «civilización», y sólo se encontraban en el «estadio medio de la barbarie». Y cuando el segundo denigra hasta extremos inconcebibles a Simón Bolívar, porque debía pensar que nada en el subcontinente indo-hispano podía tener algún rasgo de grandeza. Y cuando los dos celebran las conquistas territoriales de los Estados Unidos a costa de México, porque esos espacios geográficos van a alcanzar así los niveles de una civilización mucho más desarrollada.

Y contemplados desde dentro, vivíamos una mentalidad, largamente trabajada, de autodenigración continua. Cada una de las naciones iberoamericanas era, en mayor o menor proporción, resultado de una mezcla indo-hispana con inserciones negro-africanas. Y, en conjunto, lamentable mestizaje.

Pero ¿de qué éramos mestizos? ¿Quiénes habían engendrado nuestro mestizaje? Nuestro padre y nuestra madre eran, por supuesto, inferiores a los pueblos civilizados del Norte. Lo indígena era despreciable. Lo hispano era un vestigio anacrónico que exigía ser extirpado. «Civilizarse es deshispanizarse», se decía. Y se formaba en ello a generación tras genera-

ción. Como los «maniquies» de los escaparates y las imágenes de los anuncios —todos nórdicos— enseñan que somos más feos, las escuelas enseñaron que lo indio, que lo hispano, que lo negro era inferior. Había que abrirse al mundo con el mandamiento primero de «deshonrarás a tu padre y a tu madre». No podíamos partir de *nosotros mismos* para ser cada día mejores. No era suficiente: teníamos que ser *otros*. Teníamos que ser ingleses, franceses, norteamericanos, alemanes,... Incluso se llegó a decir: «No tenemos que ser como los Estados Unidos: tenemos que ser los Estados Unidos».

No ser *nosotros*. Ser *otros*. Camino de esquizofrenia de muchos, especialmente de algunos países, que les llevó, negando su raíz indo-hispana, al espejismo de considerarse parte de Europa, sin el estigma de la población aborígen y, en consecuencia, diferentes de sus países vecinos.

No se trataba de la necesaria, de la imprescindible tarea crítica, de un «patriotismo crítico» que quisiera acabar con las viejas taras poniendo al descubierto los recursos morales que todo pueblo encierra. Se trataba de un «patriotismo» de negación: de exaltación del «patriotismo» del otro.

Pudo haber sido explicable en un primer momento, tras las guerras de emancipación, una negación teórica de lo hispano. Ello hubiera sido, incluso, razonable desde una perspectiva liberadora de las poblaciones indígenas frente a la opresión hispana. Pero no fueron los pueblos indígenas los que asumieron esa negación: fueron criollos, los más ibéricos de ascendencia, los que las levantaron y sostuvieron. Fueron los descendientes de los conquistadores los que más abominaron de la conquista.

En un pueblo eminentemente indígena como Bolivia, con una cultura netamente mestiza, un intelectual de relumbré, Gabriel René Moreno, afirma:

...el cerebro indígena y el cerebro mestizo son celularmente incapaces de concebir la libertad republicana con su altivez deliberativa y sus prestaciones de civismo.

René Moreno «demostraba científicamente» que sus cerebros eran *organismos mentales raquíuticos*.

El ilustre médico brasileño Nina Rodrigues, como tantos otros de su época, consideraron que el hombre de su país había degenerado por la aportación negro-africana, en la línea del gran racista francés Gobineau, que llegó a afirmar que *los brasileños eran feos, increíblemente feos: como monos*. Sólo una política decididamente «blanquista» podía regenerar al país.

Iberoamérica y España comienzan el siglo XIX siendo atrasadas. Y, sin duda, los «méritos» del atraso nos correspondían. Y terminan el siglo siendo subdesarrolladas, correspondiendo la responsabilidad de este subdesarrollo a las nuevas metrópolis dominadoras, empezando por la Gran Bretaña. Nos hicieron pasar del atraso al subdesarrollo. Resignadamente lo aceptamos, como si fuera lo natural, lo determinado por la sabia Naturaleza. Se venía a pensar que la Naturaleza sabiamente había sembrado en las potencias del Norte máquinas, locomotoras, productos manufacturados con prodigalidad. Y que a nosotros nos había sembrado generosamente ganaderías, trigales, cafetales, riqueza minera...

Un ministro colombiano de Hacienda, Florentino Gonzalez, en 1847, exponía así su «profundo y visionario» pensamiento:

La Europa, con una población inteligente, poseedora del vapor y sus aplicaciones, educada en las manufacturas, lleva su misión en el mundo industrial dando diversas formas a las materias primas. Nosotros debemos también llevar la nuestra: y no podemos dudar cual es, al ver la profusión con que la Providencia ha dotado esta tierra de ricos productos nacionales.

Se iba labrando, con el amparo de la nueva Metrópoli, el camino del subdesarrollo, del intercambio de productos primarios por productos industriales, que iba a arrastrar inevitablemente al deterioro futuro de los términos de intercambio, y que, más allá del mantenimiento milagroso de algún producto o algún país en alguna coyuntura, les haría llegar al instante de la crisis económica, sobre todo a raíz de la Gran Depresión de 1929, con despertares catastróficos.

Naturalmente: no se puede esconder que, cuando el siglo termina y cuando el nuevo comienza, ya han empezado a germinar voces decisivas de autoafirmación, y que Hispanoamérica vuelve en ellas a tomar conciencia de sí misma: Eugenio M^a de Hostos —que vive por y para la América hispana toda-; José Martí —el de «Nuestra América»: «el vino, de plátano; si sale agrio, es nuestro vino»-; José Enrique Rodó —con su «arielismo» y su denuncia de la «nordomanía»: «Patria para los hispanoamericanos es la América española»; Manuel Ugarte —peregrino de la unidad, que él llamaba «Patria Grande»-; y Justo Arosemena —que pide la concreción política de la unidad-.

Pero tampoco se puede esconder que esas voces eran entonces aisladas, que los pueblos en su conjunto no habían sido penetrados por las mismas,

que se seguía en la pobreza moral del ansia de elevarse por el sólo camino de ser otros, de dejar de ser ellos mismos.

La realidad del conjunto era de neta desolación. Era un letargo en el que sólo esas voces invitaban a la vida propia y nueva.

¿Y España, mientras tanto?

¿Qué era de esa España abofeteada por la humillación de la derrota y el Tratado de París?

¿Qué era de esa España que, a comienzos del siglo XIX, antes de la invasión francesa, ofrecía a los americanos que la visitaban el espectáculo de una Corte degradada, que forzaba a un espíritu de distanciamiento, de independencia, aunque no fuera más que para evitar la contaminación con aquel cadáver político imperial? Esa España que, no obstante, bajo esa gusanera oficial, mantenía a un pueblo con capacidad para hacer, al mismo tiempo, su guerra independizadora y su revolución social, sin dejar de ser él mismo. Esa España que recibía la solidaridad fraternal de toda su América, contra el invasor de la península, contra el destronador de su Rey «legítimo».

El siglo nuevo va a ser fecundo en descalabros: desde la fractura imperial con la pérdida de los dominios americanos, hasta la fractura de la propia integridad que va a llevarnos desde las artificiales uniformidades jacobinas hasta la irrupción de cantonalismos y nacionalismos secesionistas.

La atonía, la inferioridad de España, era evidente. Los Pirineos separaban a dos mundos, no en lo geográfico sino en el tiempo. Al sur se vivía el ayer. Al norte se caminaba hacia el futuro. Mentes privilegiadas —paralelamente o consecuentemente a lo sucedido en América— se planteaban como única solución Europa. «Hay que europeizarse». O «España es el problema: Europa la solución».

La imagen de aquella España es sobrecogedora. Lucas Mallada, un observador minucioso y angustiado, examinaba la situación en 1890 —víspera del «desastre»— y escribía:

...España sigue entumecida y rezagada detrás de todo el mundo civilizado. Todos van más aprisa que nosotros: y cuando las demás naciones dirigen a la nuestra una mirada compasiva, al verla macilenta, con torpe e inseguro paso, no pueden creer que llegue a alcanzar un puesto de honor en el banquete la vida. Es que, en medio de sus esfuerzos, la ven envuelta en una densa niebla de apatía y de ignorancia.

¡Cómo describiría aquella España Antonio Machado! Sus palabras no pueden ser más pesimistas, sobre todo cuando nos asegura, frente a quienes encuentran que el español tiene el estómago vacío, que «el vacío es más bien en la cabeza». Aquel pesar cuando nos dice:

*La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía...
...de espíritu burlón y de alma quieta...
Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahir, zaragatera y triste...*

Y esa desolación que nos describe el poeta había ya, desde antes, impregnado a los propios iberoamericanos que, excepcionalmente, pasaban por España. A Sarmiento, que viene a hacernos un juicio histórico acusador, todo le parece enano en la Península, y hasta al Museo del Prado lo encuentra poco apreciable. Gonzalez Prada, con su rabioso anarquismo —¡tan español!— escribe en el mismo Madrid, en 1897, unos versos que titula «España», que comienzan de esta forma:

*Tierra fósil, mundo arcaico,
Eres el triple mosaico
De torero, chulo y cura;
Eres fatídico huerto
Donde el fruto sabe a muerto,
La flor hiede a sepultura.*

Para concluir:

*Si ayer, con brazo potente
Un inmenso continente
Conquistaste y descubriste,
Hoy cautiva en tus fronteras
Años tras años esperas
Quien te descubra y conquiste.*

La realidad que nos envolvía al concluir el siglo XIX, y aún entrado el siglo XX, es innegablemente desolada. Es así. Al menos era así en la superficie. Nada grande parecía florecer entre nosotros. Sólo había brotes muy dispersos. Ciertamente. Eramos, no un mundo, una cultura, una identidad una en su variedad: éramos una dispersión invertebrada. Una dispersión que, ni se conoce a sí misma, ni tiene conciencia de sí misma, ni tiene fe en sí misma. Sólo los otros nos podían alumbrar la salvación, «descubriéndonos y conquistándonos».

Un siglo después: somos. Y somos el segundo espacio cultural de nuestro tiempo.

No éramos. Habíamos desaparecido. Y ahora estamos aquí, somos. Todavía con el asombro en los ojos, sin creérnoslo del todo, pero nos hemos afirmado. No se hará la historia futura sin nosotros.

Tantos millones de hombres no hemos decidido hablar inglés. Seguimos en la casa común de nuestras lenguas cada día más firmes. Tenemos un espacio común reconocido.

¿Qué ha sucedido en un siglo, desde el 98 a nosotros? Hemos crecido. Pero ¡claro!: ¡todo el mundo ha crecido!

Pero no es eso: nosotros hemos crecido también en relación a los otros. Nosotros nos hemos afirmado superando a muchos de los otros. Partíamos de la negación y nos hemos afirmado, con una civilización propia y abierta a un futuro prodigioso.

Huntington, al enumerar las civilizaciones en presencia —que van a ser los protagonistas de la historia inmediata— enuncia a la nuestra, no ya como parte de la occidental, sino como otra civilización más con personalidad diferenciada. Y es de suponer que nadie pensará que neguemos a Occidente, que todos comprendemos que Occidente es uno de nuestros elementos constitutivos, pero afirmamos que nuestra dimensión rebasa ese fundamental elemento y lo engloba con otros en una síntesis más amplia.

Un hecho prodigioso se ha producido en este siglo: hemos afirmado nuestra personalidad, no desaparecimos. Esa sería una hazaña suficiente. Pero es que, además, significamos una sólida esperanza humana. ¡Había, pues, bajo la superficie agotada, desconocidas potencialidades!

Partíamos de casi nada, o de algo cuya negación era frecuente. No sólo desde fuera, sino también desde dentro. Nada significábamos y nada representábamos. Ahora representamos y significamos. No es que nos hayamos colocado, nosotros también, entre los grupos humanos «superiores». Pensarlo sería absurda vanidad. Solamente hemos mostrado que no somos «inferiores», que todas las colectividades humanas, por desgraciado que sea su presente, pueden llegar a donde llegan las otras, las que en un momento determinado se encuentran en cabeza. Hemos mostrado, modestamente, que no existe determinante inexorable para las razas y los pueblos, que nada nos viene dado por definición congénita. La «predestinación» es tan falsa para los pueblos como para las personas. El «libre albedrío» es lo que importa.

Comprendimos que la afirmación más honda de cada uno de nuestros pueblos no había que encontrarla en la oposición al vecino, sino en las raíces comunes en armonía con la diversidad.

Hubo un proceso que partió de un sentimiento común de defensa frente a la dominación que a todos nos humillaba. Que llevó al entendimiento de que esa dominación era posible por nuestra división. Que llevó, a su vez, al encuentro del hilo hondo que unía a México con Argentina, a Chile con Guatemala... Hilo que se encontraba en España, en su obra en América, signada de oscuridades y claridades, pero real, determinante. Y que llevó, con mayor lentitud pero con paso decidido, al complemento peninsular lusitano, que vino a plenificar el reencuentro entre hermanos, concluyendo en Brasil, entre todos los miembros de la Comunidad.

Pudimos sentir la emoción de esa palabra maravillosa, del corazón unamuniano, la «Hispanidad». Esa palabra perfilada sobre todo por mentes vascas de España y América. Esa palabra que tenemos que emplear con mesura, sólo cuando sea preciso, pero que no debemos ocultar como si fuera patrimonio de un régimen político concreto.

Cuando España —colonizada económicamente como cualquier país hispanoamericano— pierde por completo su Imperio, al concluir el siglo XIX, y se vuelve hacia sí misma, renunciando a cualquier aventura exterior, es la voz de Iberoamérica la que llama a su puerta para decirle: ¡No! ¡No es la hora del llanto por el fin! ¡Es la hora del nuevo comienzo!

José de Diego, desde Puerto Rico, se interroga:

¿Quién celebra en América tu muerte?

¿Quién maldice el altar de tu memoria?

¿Cual de tus hijos te injurió con saña?

Para acabar afirmando:

*...¡al último gemido empieza el canto
de la ascensión del renacer glorioso!*

Y Rubén Darío se preguntaba:

*¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgue áptera y ciega y tullida?*

Para gritar después:

*¡Unanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica!*

Y, con entusiasmo desbordado, el argentino Manuel Ugarte dirá:

...la América española es quizá la promesa más alta que ofrece el porvenir al mundo entero.

Es la hora de una nueva ilusión, porque ha llegado por fin el momento de formar un concierto entre iguales. ¡El 98 vino a resultar doloroso y fecundo! La España y el Portugal de hoy ya no son las «Madres Patrias» de ayer: son las hermanas postreras en incorporarse. La emoción recorrerá, años después, toda la América ibérica cuando las naciones peninsulares se conviertan en repúblicas.

De aquella España que se ha pasado el siglo de espaldas a su América, como irritada por su expulsión del continente, de aquella España que comenzó el siglo sin comprender lo que los hispanoamericanos querían — como tampoco comprendió lo que querían cubanos, puertorriqueños y filipinos— y lo acaba abandonando la ilusión americana, confiando su esperanza sólo en Europa, comienzan a brotar grupos, entidades, asociaciones... que formulan un ideal hispanoamericano renovado. El propio Unamuno se rectifica:

Se nos ha dicho y repetido —y yo lo he dicho y repetido por mi parte— que debemos europeizarnos. Me desdigo: europeizarnos, no, que Europa nos es pequeña: universalizarnos más bien, y para ello españolizarnos aún más.

Y lleva el alma española gran ventaja para complejizarse, y es la variedad interna del cuerpo en que habita, de la Península Ibérica... Y aún añadid la América española.

Todos los sectores españoles, desde los anarquistas, socialistas y marxistas hasta los tradicionalistas, los seguidores de Acción Española y los falangistas, cuando sueñan en una futura integración supranacional de España, se abren a Hispanoamérica. Diríase que el único «dogma común» que une a todos —a pesar de la profunda división que ha de llevar a la guerra fratricida— es la unidad con la América española.

Pasión que lleva a la realización de Exposiciones iberoamericanas, a la inclusión de una asignatura de «Nociones de Historia de América» en el Bachillerato... Pasión que se acentuará a la llegada de la II República, y más con el desarrollo de la Guerra Civil, que Iberoamérica vivirá como propia, más intensamente que la misma II Guerra Mundial... Pasión que se

confirma —e incluso a veces nace— en el exilio y en la España del interior, que llega hasta el establecimiento de una «ciudadanía laboral común».

Algo que, no ha de ocultarse, sufre una quiebra en su superficie política con los acuerdos hispano-norteamericanos de 1953. Quiebra que se amplía con la plena integración de los países peninsulares en la Unión Europea, y de México en la Zona norteamericana de Libre Comercio. Pero todo ello no impide que, por encima de las divisiones políticas, militares y económicas, por encima de la imposición del criterio geográfico —del *estar*— sobre el criterio histórico-cultural —del *ser*—, la conciencia de unidad —la aproximación a un ideal de Patria Grande— dé un paso trascendental en 1991, con el inicio de las Cumbres Iberoamericanas. Y empiece a hacerse realidad tangible con el salto gigante del Mercosur.

UNA CIVILIZACION DERROTADA MOSTRO QUE SU VENCIMIENTO NO SERIA PARA SIEMPRE, que había fuerza y potencialidad para resurgir y colocarse nuevamente en cabeza, y esta vez en civilización progresiva, en una modernidad nuestra.

En esta hora final del siglo XX se ven claras señales de superación, de abandono de viejas incapacidades —que no eran, sin duda, congénitas—.

Sin hacer exámen exhaustivo, ni una lista remotamente completa, se ven motivos para nuestra afirmación en una serie de factores que nos van a servir, en el futuro inmediato y en el más lejano, como referentes precisos de nuestra firmeza de roca como Comunidad.

1.—Sin duda se puede enunciar en primer lugar algo que ni enloquecidamente podía ser previsto cuando hace un siglo se conmemoraba el IV Centenario del Descubrimiento: la afirmación indígena.

Tal vez sea ésta una positiva herencia de nuestro reciente 92. Cuando tantos gritos se levantaron en esta ocasión —y más en España que en América— contra el llamado «genocidio», contra la «brutalidad» de la conquista, en defensa de las poblaciones indígenas, sobreviene un serenamiento de las perspectivas, y vienen a ser ahora los indígenas mismos, y ya no los indigenistas, ni siquiera los indígenas determinados por los indigenistas, los que llevan adelante su defensa y su presencia activa.

No plantean una acción centrada en el resentimiento, de imposible vuelta al pasado prehispánico. No se pierden en lamentos y negatividades. Señalan: aquí estamos, queremos ser nosotros mismos, en convivencia con los demás. Queremos ser elemento liberado de sometimiento y humillaciones que con los otros elementos llevemos a

la definición total multi-étnica y al resultante global mestizo. Vamos a dejar de ser la parte doliente y maltratada. Sin venganza. Con justicia. Hay que agradecer los esfuerzos de los indigenistas que nos despertaron, que pusieron el dedo en la llaga. Pero comprendamos que ahora —y en gran medida por ellos— su tiempo ha pasado. Que ahora es el tiempo de los indígenas. De sus propios movimientos, de sus propias fórmulas. De sus propias exigencias cuando claman: Devolvednos la tierra, pero no al precio de imponernos vuestras fórmulas «indiscutiblemente» liberadoras.

Parece que esta resurrección indígena es uno de los factores más importantes del presente —junto con el paralelo nacimiento de una conciencia negro-africana-americana-. Los movimientos indígenas irrumpen vigorosamente en nuestros países y nos transmiten un mensaje enriquecedor. Ellos aportan, junto al orgullo de sus propias culturas, elementos necesarios para el conjunto, factores que exige el nivel de nuestra civilización «moderna» como ejemplos hacia los que volver la vista para asumirlos, como el sentido colectivo del trabajo y la imprescindible armonía con la Naturaleza.

2.—Vemos, como un elemento eminentemente positivo en este final de siglo, una consolidación democrática con dimensiones y profundidad antes nunca conocidas entre nosotros. No es éste el caso de los conjuntos de pueblos nacidos en nuestro siglo de las colonizaciones imperiales inglesa, francesa, italiana o belga.

Parece que, tras una etapa de regímenes «de facto», habitualmente destructores de los derechos políticos —y aún humanos— hemos ido aprendiendo, en forma casi generalizada, que la única forma de convivencia posible es la democrática: la elección de los gobernantes por el pueblo, el respeto a los derechos de todos, la posibilidad de alternancia, el fin de las persecuciones políticas.

Nos ha costado. Pero también le ha costado a Europa, que hace medio siglo era tierra de totalitarismos, en donde podían cometerse los más estremecedores asesinatos colectivos. ¿No recordamos lo que era Europa, vista desde América, hace un poco más de medio siglo? Tenemos tanta capacidad para la democracia como cualquier otro —como el europeo civilizadísimo tiene tanta capacidad para la tiranía como cualquier otro-. Y un fondo libertario recorre nuestra vida histórica en lucha siempre contra el desbordamiento de la autoridad.

Portugal y España, en los años 70, y seguidamente casi la totalidad de los países iberoamericanos sojuzgados por dictaduras, resucitamos o

nacimos a la democracia. La «década perdida» económicamente de los 80, fué también la «década ganada» políticamente.

Incluso a los Estados Unidos, renuentes durante la «guerra fría» a abandonar su apoyo a las dictaduras «anticomunistas», se les pudo arrancar —en la reunión de la OEA en Chile, en 1991— la Resolución 1080, por la que nació, junto al derecho de cada pueblo americano a la democracia, el derecho de los otros pueblos del continente a una «intervención blanda» contra toda quiebra flagrante de este derecho.

Naturalmente: esa democracia no es aún perfecta en algunos de nuestros pueblos. No lo es en Chile, ni en México, ni en Perú... Naturalmente: tampoco lo es en España. Todavía se producen extralimitaciones del poder, recortes a la democracia plena, usos arbitrarios y abusos de autoridad. Pero no se puede negar que el nivel alcanzado es considerable y que el camino elegido y las perspectivas son positivas. Y que tampoco las renombradas democracias tradicionales son perfectas.

- 3.—El afianzamiento de la democracia quiere decir, necesaria, obligadamente, presencia de partidos políticos que comparezcan periódicamente en elecciones libres para la designación de Legislativo y Ejecutivo. No hay democracia sin partidos, sabemos. Democracia adjetivada —de «orgánica» o de «popular»— no es democracia. Pero tampoco hay democracia plena sólo con partidos. El palpito de la vida social no se agota con ellos. Los pueblos se manifiestan en esferas muy diferenciadas. Una es la política, la ideológica, por supuesto. En ella el partido —los partidos— es el camino. Pero también se manifiesta en la marcha municipal, en la vida escolar y universitaria, en el proceso sindical, en las organizaciones femeninas por sus derechos, en las asociaciones culturales y deportivas, en los movimientos populares de base, que pueden ir desde lo indígena a lo ecológico, desde lo asistencial a la autodefensa contra la delincuencia... Y no se diga del funcionamiento de la Justicia, cuya independencia respecto a la acción de los partidos es radicalmente obligada, bajo pena de destrucción de sí misma... Y, más allá, en las expresiones religiosas.

Cuando los partidos invaden todas estas dimensiones, producen una democracia imperfecta. Y, tal vez por eso, muchas veces, se desprestigian, porque no hay democracia verdadera si, junto a la pluralidad de partidos, no hay pluralidad de vías de representación diferentes a los partidos.

Pero, sin duda, en la floración vigorosa y singular de nuestras comunidades de base de todo tipo, al margen de los partidos, se manifieste

lo más esperanzador que apunta nuestra democracia. En esta vía, nuestra Comunidad manifiesta más riqueza que muchas democracias «consolidadas» pero cada día más alejadas del sentir popular diario.

- 4.—Muy ligada a nuestra afirmación democrática, y realmente imprescindible para que sea verdadera, se produce silenciosamente, sin que nadie o casi nadie parezca apercibirse de ello, el avance de un cambio profundísimo en la mentalidad militar.

Es asombroso, y podría dejar admirados, y posiblemente desconcertados, a quienes se adentrasen en el análisis de este fenómeno, cómo, en pocos años, de un espíritu de intervención constante, en ocasiones demasiado inclinado al ejercicio tiránico del poder —no importa la causa que pudiera alegar, pero asentado en demasiada sangre—, se ha ido pasando a una aceptación de un papel subordinado a los poderes que el pueblo determina, y de intervención pacificadora en los lugares del mundo en donde sea reclamada por las Naciones Unidas.

Claro está que en algunos países determinados, el cambio mental no se ha producido, o se ha avanzado muy poco en el mismo, y que aún laten en sectores de las Fuerzas Armadas veleidades de pasos al frente. Pero el silencioso proceso, considerado globalmente, no puede ser más esperanzador.

- 5.—Por otra parte, no es dudable que estamos en la vanguardia de las Artes y de las Letras. Y la lengua española es la más estudiada después de la inglesa.

Sin citar nombres, bien presentes en nuestra mente, han sido hombres y mujeres de nuestra área cultural quienes produjeron verdaderas revoluciones artísticas y literarias. La pintura ha sido enriquecida por los mayores innovadores y los despliegues más amplios, desde nuestros cubistas y nuestros muralistas. E igualmente en la Literatura. Un asombroso mundo, plagado de realismo y de fantasía, renovó la narrativa. Hoy tenemos tres premios Nobel vivos de nuestra lengua. Finalmente, desde comienzos del siglo hasta el presente, estamos en campos de la Filosofía, de los que se nos excluía por principio. Unamuno y Ortega, Zubiri y Zea son el desmentido más rotundo a esa exclusión.

- 6.—Otro factor de confianza en nosotros: escapamos de la arcaica idea, tan alimentada desde el exterior, de que teníamos unas taras congénitas que nos impedirían avanzar por los caminos de la Ciencia y de la Técnica. Pero ¿dónde ha quedado nuestra incapacidad innata? ¿Cómo puede compararse nuestro atraso relativo de hace un siglo con las distancias actuales? ¿No tenemos un Brasil con una capacidad industrial y técnica formidables? ¿No tenemos una Argentina en la cabeza de la investigación

atómica? ¿No tenemos, por venir a lo más inmediato, a una España en la cabeza de la industria naval? ¿No tenemos una industria aeronáutica prestigiosa? ¿No acabamos de colocar, por nuestros propios medios, como sólo lo ha hecho otro país en Europa, un satélite artificial que ahora gira sobre nuestras cabezas —algo que muy pronto alcanzarán los países del Mercosur-? ¿No nos encontramos entre las diez primeras naciones industriales, e incluso, para algunos en el séptimo puesto? ¿No estamos, según las Naciones Unidas, en el puesto once en el desarrollo social? ¿No tenemos en numerosos países un nivel ventajoso en la investigación médica?

Técnicos y científicos de nuestra Comunidad trabajan, investigan, inventan, crean en todas partes. Nadie puede sostener, como hace un siglo o más allá, que somos incapaces para la Ciencia y para la Técnica.

Y, finalmente, hombres nuestros están en la cabeza de las más importantes organizaciones internacionales.

- 7.—¿Y qué diremos de la Iglesia Católica, que encontrábamos hace un siglo en su mayor parte enfeudada a los poderes del mundo, hasta el punto de que la Encíclica «Rerum Novarum», de León XIII, en 1891, era percibida como subversiva, y sus ejemplares dormían en los sótanos de algunos obispados, como nos relata Graham Greene, o que no impedía que arzobispos como el de Santiago de Chile pidiera a los obreros que aceptasen resignadamente su papel de sumisión en la sociedad?

Todo el cambio social que ha vivido la Iglesia Católica en este último siglo —por supuesto, sin que ello suponga cambio en lo dogmático-, todo lo que significaron las Encíclicas sociales y el Concilio Vaticano II en el mundo, no puede compararse con el cambio en Iberoamérica. Partiendo de una realidad mucho más apegada a conexiones con los poderes vigentes, más desoladoramente alejada —salvo excepciones— del sentir popular, pudo llegar a las formulaciones de la Teología de la Liberación, impulso que ha significado un cambio profundo en la catolicidad iberoamericana y que —pese a todas las precisiones que puedan hacerse sobre algunos excesos— queda como un legado de reencuentro con los oprimidos, tanto hombres como pueblos. Algo que ha sido, también, aliciente para la Iglesia en todo el tercer mundo. Algo sin cuyo empuje no se explicarían Encíclicas como la «Sollicitudo Rei Socialis», que viene a ser como un resumen de la Teología de la Dependencia y de la Teoría de la Dependencia, en todo lo que conserva su valor de la Escuela Económica Latinoamericana y de la «opción preferencial por los pobres».

- 8.—Y, finalmente —dejando aparte otros numerosos síntomas-, el sentido de la unidad en franco proceso de recuperación. Por supuesto, aún incom-

pleto, aún muy lejos de lo que ambicionamos, pero ya con la madurez anunciada y produciendo frutos concretos. Bien distinto del espíritu tribal que sucedió a los grandes soñadores de la Independencia.

Cuando los primeros en reaccionar contra la autodenigración se rebelaron presentando el valor de una identidad propia de los pueblos indohispanos, que no tenía que ser subsumida por los poderosos sino defenderse de ellos y vivir para sí —Martí, Rodó, Ugarte...-, son individualidades aisladas, que luchan con esfuerzo titánico contra la disgregación y los infatuados minipatriotismos locales, que pretenden recuperar el ideal bolivariano.

Pero esa siembra no se pierde. Germina y se desarrolla. Una línea de aliento llega de Ugarte a la Reforma Universitaria. Y de ésta a Vasconcelos, con su «raza cósmica». Y Haya de la Torre, al formular los cinco puntos de su Programa Máximo, asume ya la bandera de la unidad, que se convierte en ideal político de masas, y que hoy vemos como algo común, pero que en aquel momento de los años 20 y 30 era considerado todavía como una verdadera traición a la Patria local.

Luego vienen otros. La idea penetra, se va convirtiendo en conciencia general, motivo de declaraciones que se van haciendo progresivamente imprescindibles, que concluyen formando el lugar común de los programas de todos los partidos. Es un paso obligado, aparentemente retórico y sin eficacia, pero que acaba haciéndose obra concreta con realidades tan fecundas como el Mercosur, verdadero milagro que comienza con el entendimiento de Argentina y Brasil —y que, sin duda, pronto abarcará a toda América del Sur-.

¿Cómo no va a correr una descarga emocionada por el espinazo cuando oímos a ese gran brasileño que fué Darcy Ribeiro —en el inmenso, desmesurado, Brasil— decir:

Mi Patria no es Brasil: mi Patria es América Latina?.

¡NATURALMENTE, AUN ENCERRAMOS DEMASIADOS FACTORES NEGATIVOS! Naturalmente que se nos exige reflexión y esfuerzo para superarlos. No se puede olvidar que, considerado el conjunto de nuestra Comunidad, al tiempo que se produce un crecimiento global en lo económico, se ahonda la injusticia en el reparto. Nuestras políticas, con frecuencia excesivamente «ortodoxas», producen eficaces resultados macroeconómicos, pero también hacen crecer una Deuda Social, que se forma con lo que se va detrayendo a los sectores pobres en educación, sanidad, vivienda, empleo, niveles salariales, etc. etc. No se puede olvidar que nuestra democracia de partidos tiene que completarse definitivamente con

otras vías de participación no partidarias, para ultimar nuestro propio sistema político de libertades y de representatividad popular. No se puede olvidar que distamos mucho de una educación básica en donde la idea de Patria Grande vaya creando un sentimiento de aventura común. Y no se pueden olvidar a las siempre olvidadas Filipinas.

TENEMOS QUE HACER BALANCE. Y NUESTRO SALDO, CON TODAS SUS IMPERFECCIONES, ES POSITIVO. En común representamos algo en esta Humanidad, fraccionada por parcialidades enfrentadas: culturales, étnicas, económico-sociales.

No solamente es que estemos: es que *somos*. Tenemos una tarea común por delante. Significamos, *somos*, una *causa* humana. Y una *causa* no parcial sino integradora. Somos síntesis étnica, cultural, económico-social. Representamos la *Utopía posible* del *mestizaje*. El *mestizaje* es nuestro «pabellón de Paz».

En el *mestizaje* reside nuestra posición de ventaja respecto de las parcialidades del Occidente puro o del Oriente puro. El Occidente nos pertenece, pero también somos Oriente. No podemos enfrentarnos con uno u otro sin desgarrarnos nosotros mismos. Somos blancos, indios, negros, mestizos, mulatos: somos «raza cósmica».

Tenemos que mantener el hilo de nuestra identidad común, de nuestro sentido en el mundo, por encima de nuestras adscripciones económicas, políticas o militares actuales a otras unidades supranacionales. No se trata de deshacer los pasos dados. Se trata de que esos pasos no nos alejen de nuestra propia razón de ser. Afortunadamente, tenemos dos verbos diferenciados: el *ser* y el *estar*. Se puede mantener el propio *ser* aún *estando* —política, económica o militarmente— en otro. La pequeña Borinquen lo ha demostrado a lo largo de cien años.

Entre todos podemos, como resultado de un siglo de esfuerzos, y como destilación de otros siglos que pacientemente nos fueron cincelandos. Entre todos podemos conseguir que la Comunidad nuestra sea *para sí* y no *para otro*. Para poder, en esta forma, ser *para todos*.

Porque la Patria Grande indo-hispana no es un rechazo de la Gran Patria Universal —que abarque a todo el género humano—. Es, por el contrario, un enorme paso hacia ese ideal universal, por su valor de síntesis, frente a las parcialidades de las otras civilizaciones en presencia. Ella, en gran medida, prefigura lo que ese futuro ha de ser, como resultado de la convivencia, de la mezcla, del mestizaje entre todas las culturas.

CAPÍTULO CUARTO

EL IMPACTO CULTURAL DEL 98